

A RAS DE SUELO

Escrito por J. ALEGRE

Por un momento, al escuchar la música de la radio de Blum, dejó de resonar en sus oídos el llanto de la nena. El bar estaba casi vacío. Sólo él y un grupo de chavales al lado de la mesa de billar. Algo extraño para un viernes noche. Aún no había parado de llover y habían anunciado que continuaría así durante las siguientes horas. Alerta roja para toda la comarca. Por eso estaba allí. Por la lluvia. La carretera estaba cortada: también se había inundado. Aún no habían limpiado el barro y las ramas que la anegaban. Había tenido que dar un buen rodeo para ir al trabajo, salir por el otro lado del pueblo, por la autovía. Y una vez allí, al ver a lo lejos las luces de la gasolinera, se acordó de las hamburguesas del bar de Blum. De la música. Canciones clásicas, de una emisora que sólo parecía sintonizarse allí. Sintió cómo se aliviaba la opresión de su pecho. Sin pensarlo, pasó de largo la salida de la autopista hacia el trabajo. Ya había cenado, pero no importaba: así tendría más tiempo y podría pensar cómo iba a explicarle al Jefe lo que había pasado. Ponían las hamburguesas más grasientas de la región. A Ali le encantaban, la volvían loca. Antes de todo, cuando le prometía invitarla a una hamburguesa, le cambiaba el humor, dejaba de buscar razones para pelear durante un momento y se dejaba llevar. Hacía muchísimo que no iban. Después de la hamburguesa, ella entornaba los ojos y le decía que podía llevarla a casa por el camino del matadero. Entonces era él quien se volvía loco. Tragaba lo que le quedara en el plato, o la cerveza, como un pavo. Y ya sólo podía pensar en la promesa de

su boca. Y en sus pechos, entonces pequeños y aún verdes. Muchas noches les había sorprendido la lluvia, aparcados en la cuneta. Ella solía ponerse romántica. Dibujaba corazones en el vaho de la ventanilla y apoyaba la cabeza en su hombro. Suspiraba y soñaba en voz alta. *Nos compraremos una gran casa, con varios pisos, ¿verdad?*, le decía, *con un garaje enorme para que montes tu jodido taller. Y una enorme buhardilla, para mí. Pondré una mesa camilla e invitaré a mis amigas a tomar café y a cotillear.* Él le decía que sí a todo y deslizaba una mano por dentro del sujetador. Y ella se estremecía y a veces ronroneaba un poco, y arqueaba la espalda. Con suerte le pedía que echara hacia atrás el asiento. Con más suerte todavía, se montaba sobre él con urgencia y no reparaba ni en cómo estaba colocado el respaldo, ni en si había condón o no. Él sólo tenía que escucharla y obedecer. A veces, cuando ella encajaba la cabeza entre sus piernas, ni siquiera tenía que escucharla.

Los chavales alborotaban al fondo. Blum se afanaba detrás de la barra, a toda prisa, como siempre. No había cambiado nada. Sonaba una canción de los Stones. Aunque no podía ser, le pareció escuchar el llanto de un bebé por detrás de los instrumentos. Miró alrededor para asegurarse de que no había ningún bebé cerca. Se sentó en la barra, que estaba tan pringosa como siempre. Puso la bolsa sobre ésta, muy cerca. Observó a los chicos a través del espejo picado. Entre la botella de Cutty y la de Jack Daniel's veía a una parejita que se besaba. No tendrían ni diecisiete años. *Una doble, Blum*, pidió. *Con extra de queso. Y una cerveza.* Podrían haber sido Ali y él, apenas un par de años antes. Le entraron ganas de levantarse y decirles que salieran corriendo de allí, antes de que empezara el diluvio.

Hacía mucho que no te pasabas por aquí, dijo el viejo, *habrás tenido que salir a la autopista, ¿no?* Él se encogió de hombros y le sonrió. Blum se quedó mirando la bolsa con la nariz arrugada. *¿Qué llevas ahí? Está soltando agua,* dijo. La bolsa debía de tener un agujero. *Lo siento, Blum,* contestó. La cogió con mucho cuidado para ponerla junto a sus pies y sintió cómo se deshacía aún más. Incluso olía mal. La opresión del pecho regresó. Miró el reloj: sólo le quedaban quince minutos para fichar. Era increíble que tuviera que hacerlo. No era más que un mugriento club de carretera, donde no tenían ni papel para el váter, pero sí una máquina muy moderna, sólo para que ficharan el Chuleta y él. El portero y el barman, los más pringados. La escoria. Se podía poner hasta el culo de whisky, o de vodka del bueno, pero si llegaba tarde se lo descontaban del sueldo. Tanto si eran cinco minutos como si eran cincuenta, el Jefe le descontaba una hora. Pero no le pagaba de más cuando salía más allá de su hora, cuando había trifulcas, que era casi todos los días. Puso la máquina desde lo de Ulk. Juró que nadie nunca le volvería a tocar los huevos en su propia casa. Como si alguien fuera a atreverse desde aquello. Decía que se tenía que haber dado cuenta antes, que Ulk era un impuntual, que todos los traidores que había conocido lo eran. Por eso puso la máquina. Y por eso pasó a encargarse él mismo del paquete. Así era el Jefe. Y a él no le quedaba más remedio que tragar, porque necesitaba el dinero para seguir pagando el chalet de cuatro alturas de Ali. Ése que les había conseguido la madre de Ali por un precio mucho más bajo que el de mercado. En los terrenos que le habían ganado al río para especular; en la que, con el tiempo, sería la mejor zona del pueblo, algo así como un barrio de ricos. Ali estaba tan entusiasmada cuando lo vio que no tuvo corazón para negarse. Cuando se le ocurrió comentar que

era mucho dinero a ella se le torció el morro. *Es una oportunidad única, lo dice mi madre*, soltó con esa boquita apretada que era capaz de alejar del sol la aguja de los barómetros. Tampoco habría estado bien disgustarla en aquel momento, en su estado. Después de todo, en algún sitio tenían que vivir. Y el chalet era una preciosidad, con un inmenso garaje que le había hecho retomar su sueño de aceite de motor y gasolina. Pondría una estantería metálica a lo largo de toda la pared, desde el suelo hasta el techo, para colocar sus herramientas. Su garaje. Decidió que trataría de que le dieran la hipoteca, a pesar de que las cosas en la fábrica empezaban a ir mal.

La carne de la hamburguesa estaba requemada. *Está un poco hecha. Te la cambio si quieres*, le dijo Blum. *No*, contestó, *no te molestes*. Le dio un gran mordisco, aunque no tenía hambre. Los chicos habían empezado a cantar a voz en cuello. Blum les llamó la atención. *Joder, que así no va a parar de llover nunca*. Se preguntó si la nena estaría más tranquila. Se le ocurrió llamar a Ali y sacó el móvil, pero no lo hizo. Se daría cuenta de la hora y le regañaría. *¿Qué coño estás haciendo? No te puedes permitir llegar tarde*.

Todo había cambiado de golpe: como si se hubieran detenido todas las obras del mundo. Nadie compraba ladrillos. Casi la mitad de la plantilla de la fábrica se había visto en la calle de un día para otro. Bueno, en la calle no. En su caso, en un hermoso chalet de cuatro alturas con una hipoteca a treinta años. Comió una patata: estaba cruda por dentro. La mojó en ketchup y la tragó sin apenas masticarla. Quizá fuera la lluvia la que afectara a la nena. Nunca lloraba y apenas unos días antes de que comenzara el temporal había empezado con la llantina. Era lastimoso oírla, día y noche, como si la aquejara un mal lejano,

sordo. Un dolorcillo de esos no muy fuertes, pero que no dan tregua. Partía el alma oírlo, pero también desesperaba. Entendía que Ali estuviera tan enfadada. Aparte de la preocupación, claro. La habían llevado al hospital varias veces. La última les obligaron, casi a empujones, a volver por donde habían venido. Es el destete, explicaron. La niña echa de menos, acusa el cambio de alimentación. Él sospechaba que lo que le sucedía era que barruntaba la borrasca, la gota fría. Es sensible, mi pequeña, se decía. Pero también que tenía un tono de llanto insufrible. Por eso, las últimas noches se había inventado que el Jefe le necesitaba para hacer algún recado antes de la hora de entrada para marcharse antes. No era ningún monstruo por eso, es que ya no podía más, no soportaba sus lamentos, su carita crispada, enrojecida. A veces le ponía la mano en la barriguita como si con eso pudiera quitarle el malestar, o examinar su interior y descubrir la causa de su desconsuelo. Miraba sus ojillos vivaces, que por un momento parecían ir a sonreír, pero que acababan en un puchero lastimoso, irritante. *¿Qué le has hecho?*, le increpaba Ali. Le apartaba la mano sin contemplaciones y la tomaba en sus brazos. Entonces la nena empezaba a llorar mucho más fuerte y él se daba la vuelta para que no lo viera sonreír.

La noche anterior el Jefe había llegado resfriado, con fiebre. La puta lluvia, decía. Tenía la cara picada por el acné y debía de tener la próstata más grande que un balón de fútbol, pues iba al servicio cada cinco minutos, y regresaba quejoso, cagándose en todo. *Me la suda*, respondía cada vez que alguien le sugería que fuese al médico. *Después del dedo, van a querer meterme el cinematógrafo por el culo y aquí el único que la mete soy yo*. No dejaba de pasarse el pañuelo por la cara y de resoplar. A pesar de todo, encendía un

cigarrillo tras otro y le tosía el humo a la cara cuando hablaba. Prepárame un coñac caliente, le ordenó. Él no rechistó, aunque en su vida había preparado nada semejante. Tres meses antes ni siquiera había tirado una caña. Todavía no comprendía por qué le había contratado. Tal vez por su puntualidad. Enseguida le puso la copa delante. Le miró entre la bruma de su cigarro con sus ojos afiebrados. *¿Te apañas bien con todo?*, preguntó. La fiebre le daba humanidad, supuso. Pero luego concluyó que no era cierto, que sólo le tanteaba con la astucia de un zorro. *Hago lo que puedo*, respondió. *Seguro que no es lo suficiente*, y se giró para mirar a una de las chicas que se reía a gritos desde la mesa catorce. *Mañana me voy a quedar en la cama hasta que sude toda la mierda que llevo dentro*, prosiguió. *Te llevas tú el paquete y se lo das al Calvo*. Sólo pudo asentir: *¿Me acerco al banco a dárselo? Donde te vea todo el mundo, gilipollas*. Deseó que lo echara a patadas de allí en aquel instante para no tener que hacer el encargo. Así no volvería a ver a ninguna de esas chicas de tetas y ojos caídos mientras se metían rayas al fondo de la barra. Ni tendría que fichar. *Por cierto, ¿tú conocías a Ulk?*, le preguntó, con la puerta ya abierta para marcharse.

La hamburguesa sabía más negra que la noche; por eso la masticó despacio. Casi disfrutaba al escuchar crujir la carne calcinada en su boca. Sentía el sabor agrio, a quemado, un sabor que le era tan familiar. El grupo de adolescentes se levantó casi al mismo tiempo. Uno de ellos se acercó a la barra y lo pagó todo. Hizo una hilera de montoncitos de monedas que Blum contó con una media sonrisa. *Está todo, Blum*, decía modoso el chaval, *pero cuéntalo si quieres. Y me das una botella de Cutty, por favor. Claro que lo voy a contar*, reía Blum, *y no te preocupes que la botella se la acerco luego a tu padre*. Blum siempre fue

un buen tipo. Se le ocurrió que tal vez necesitara un ayudante, alguien que barriera, que limpiara los cristales, esas cosas. Seguro que no podía pagar mucho, pero al menos tendría una excusa para no volver a aquel apestoso club. Un trabajo digno. Y podría invitar a Ali a todas las hamburguesas que quisiera. ¿Qué perdía con intentarlo? De todos modos, el Jefe le iba a mandar al infierno cuando se lo contara. Se alzó del asiento y se inclinó hacia el interior de la barra; Blum dejó lo que estaba haciendo y lo miró, expectante. *¿Te frío más las patatas?*, preguntó. *No, no, Blum. Están bien así.* Titubeó. Blum ladeó la cabeza. *¿Seguro? Sí, sí. Está bien.* Y se desplomó sobre la banqueta.

El día anterior había llovido como nunca, sin parar, con una intensidad inusitada. Hasta el parque se había inundado y el río sufría una crecida como no recordaba nadie. La nena ya llevaba dos días llorando. Ali no paraba de quejarse. Aquella noche no fue nadie al club, las carreteras estaban intransitables. Menos mal que El Jefe se había ido antes a casa a sudar su gripe, si no habrían tenido bronca. Cerraron pronto, a sabiendas de que las horas les serían restadas. Tardó casi tres cuartos de hora en llegar a casa, cuando en condiciones normales tardaba diez minutos. No se veía nada. El limpia parabrisas no daba a basto y no funcionaba el desempañó, así que, a pesar de que llevaba su ventanilla un poco abierta, tenía que pasar el trapo a cada momento para ver algo y no salirse de la carretera. Recordó que a Ulk lo habían encontrado dentro del coche, en un terraplén al lado de la curva del molino. Le habían cortado la mano derecha. Ya tenía los pantalones empapados, pero no podía abrir la ventanilla del acompañante, pues el paquete iba sobre el asiento. Era una caja de zapatos, envuelta en papel marrón y atada por una cuerda. Había buscado una bolsa de plástico para protegerla,

pero la única que había encontrado se la había dado a la Rubia, que no tenía paraguas, para que se cubriera la cabeza. Eran las dos de la mañana cuando entró y, para su sorpresa, allí estaba la madre de Ali con la nena en los brazos. No le extrañó que llorase. *A Ali le ha venido la regla y le duelen los riñones*, fue su saludo, *no te ha podido hacer la cena*. Detuvo su mirada en el paquete, debajo del brazo. Sus labios se convirtieron en un hilo de censura. La nena arreció el llanto. No sabía dónde guardarlo. Por un momento había pensado en dejarlo en el coche, debajo del asiento, pero no era seguro. Se preguntaba cuánto dinero contendría; tenía que ser bastante, la recaudación de la semana. Eso si era dinero, porque pesaba demasiado. El coche no era buena opción. Bajó al garaje. Allí no llegarían los ojos de la madre de Ali, y nadie buscaría nada de valor entre sus trastos. Le hizo un hueco al paquete al lado de su caja de herramientas, en la estantería baja, a ras de suelo. Era el mejor sitio. Junto a su caja de herramientas. Sintió una punzada de ansiedad. Deseó que fuera ya de día para entregárselo al Calvo.

Tenía las manos pringosas de ketchup y de mostaza. Miró el reloj. El Jefe se estaría preguntando que dónde se habría metido. Como si le hubiera leído el pensamiento, el móvil empezó a sonar. Su nombre bailaba en la pantalla. No pudo cogerlo. Tenía los dedos sucios. Sólo le habría faltado estropear el teléfono. Una ráfaga de aire hizo que la lluvia, antes débil, golpeará con furia la arañada cristalera del bar. Aguzó el oído, pues le pareció de nuevo que traía el lamento de un niño. Blum empezó a hablar, *Ahora me gustaría verles la cara a todos los que prefirieron construir la autopista hasta la Frontera antes que arreglar la vía del matadero. Todos esos que tanta prisa tenían en llegar a*

todas partes, ahora quisiera verlos por un agujerito: toma autopista. Ahora pueden irse a la Frontera, sí, pero no tienen puta manera de llegar a sus casas, ni de ir a por comida, en cuanto caen cuatro gotas... Hablaba sin hacer pausas, con las eses rascando entre sus dientes para salir, sin dejar de trajinar. Ni siquiera parecía reparar en que él estaba allí.

Cuando un bebé llora es difícil prestar atención a ningún otro sonido. Supongo que será una especie de instinto de protección. Así que, a la mañana siguiente, no escuchó las voces de Ali y de su madre. Sólo podía atender al llanto de su nena. Saltó de la cama en calzoncillos. El lado de Ali estaba perfecto, con su extremo de la manta bien estirado, remetido todavía bajo el colchón. Las voces venían de abajo, así que descendió a toda prisa, descalzo. Todo olía a humedad, a pozo negro. *Qué desgracia, qué desgracia*, repetía la madre de Ali. Tenía a la nena en sus brazos y la sacudía al ritmo de sus aspavientos. Le miró sin verle cuando le preguntó qué pasaba y no protestó cuando le quitó a la nena. La alzó en el aire y la miró con ansia, como si esperara encontrar que le faltaba una pierna, un trozo de carne. La apretó contra su pecho, bien fuerte. Sintió ganas de llorar con ella y por eso la abrazó aún con más fuerza. Ali estaba en pijama, despeinada, sentada en las escaleras que bajaban al garaje. Lloraba. Se giró al sentir sus pasos y señaló hacia abajo con una mano incrédula. Sus ojeras le dieron miedo. Bajó las escaleras despacio, como si fuera a encontrarse un tigre dentro, conteniendo la respiración. La nena pareció darse cuenta de la tensión y dejó de llorar. La humedad había trepado casi hasta el techo del garaje, dejando un cerco renegrido en las paredes. El suelo estaba inundado con casi dos palmos de agua. No se lo pensó dos veces. Con la nena en brazos y todo se aventuró a meterse dentro del agua, aunque creyó

que se le iba a salir el corazón del pecho, y que caería en el agua con el mismo ruido que una piedra al caer a un pozo, y que dejaría de latir, ahogado. Había un eco líquido allí dentro, que devolvía el sonido del roce de sus piernas contra el agua al tratar de avanzar hacia su estantería. Se agachó con dificultad, con la nena aún pegada a su pecho, e introdujo la mano derecha en el agua. Tanteó hasta que dio con el paquete. Estaba hundido, empapado por completo. Ya no era una caja, era un amasijo de algo indescifrable que chorreaba. Habría sido imposible decir qué demonios era aquello antes de la inundación. Lo primero que comprendió fue que el Jefe no le iba a creer cuando se lo contara. La nena pareció comprenderlo con él, pues retomó un llanto levísimo. Un llanto sin lágrimas que ahora, lejos de crisparle, le servía de alivio. Se volvió a inclinar y sacó su caja de herramientas. Parecía intacta.

Puso un billete sobre la barra, aunque aún estaban casi todas las patatas en el plato. Recogió la bolsa con la masa informe: había dejado un charco oscuro en el suelo. *He manchado esto: perdona, Blum*, dijo y señaló a sus pies. *Bah*, respondió éste, *qué pasa, ¿no te han gustado las patatas? Es la primera vez que te las dejas*. Se encogió de hombros y miró hacia el ventanal. *No tengo mucha hambre*. No se veía si llovía o no. Blum lo sacó de nuevo de sus pensamientos: *Supongo que hasta mañana no llevarán las palas. Y la gente tardará horas esta noche en poder meterse en la cama con la parienta. Pero ya sabes: ahí tienes la autopista. Directa a la Frontera*.